


V. SUÁREZ
PRECIADOS 48
MADRID

BROMA Y MÁS BROMA

BROMA Y MÁS BROMA

ORIGINAL DE

VITAL AZA

CON

DIBUJOS DE ZÚÑIGA



ADMINISTRACIÓN
DEL
NOTICIERO-GUÍA DE MADRID
Lagasca, 101.

Ramona Velasco, V. de Prudencio Pérez, Libertad, 31.—XI-1920.

PARA MI ÁLBUM...

(CUANDO LO TENGA)

Ya que a gentes extrañas todos los días
les dedico canciones y poesías,
me parece muy justo, por mil razones,
dedicarme *a mí mismo* cuatro renglones.
He dicho cuatro y pude decir cuarenta,
porque hasta el fin no es fácil sacar la cuenta;
y aunque al ver que son malos muchos se enojen,
yo quiero hacer los versos que se me antojen,
pues siendo para un álbum propiedad mía,
nadie quitarme puede mi autonomía.
Salga lo que saliere yo no me asusto,
y ¡andando! que lo dicho sale a mi gusto.

* * *

Eres, Vital, un chico desarrollado,
de aquellos que te aprecian muy apreciado.
Si tienes enemigos yo los detesto.
Tú eres bueno, eres listo, y eres... modesto.
Y ya que por modestia callas a veces,
déjame a mí decirte lo que mereces.
Déjame que te elogie, ¡siempre consuela
hacer con los amigos papel de abuela!
Son tus ojos dos ojos con entrecejo,
y yo en ellos me miro... frente al espejo.
Y al mirarme, me veo de tal manera,
que más de cuatro veces cegar quisiera.
Si gastas, sólo gastas de tu dinero,
y vives al corriente con tu casero.
y aunque no estés con todos tan al corriente,
el tener ciertas deudas es conveniente.
No te importe el asunto tres caracoles,
que aquí debemos todos los españoles.
Te llaman los amigos *el larguirucho*,
pero a mí largo y todo me gustas mucho.
Estírate si puedes, yo te lo encargo,
que en el mundo, ya sabes, que *hay que ser largo*.
Como dudar no puedes de mi cariño,
Sigue fiel mis consejos, no seas niño.
Trabaja, y no te apures si no se cobra,
que hay ricos que no tienen lo que te sobra.
La alegría es dinero, por más que hoy día
no se compren las cosas con alegría.

Sigue por tu camino siempre animoso,
y, por Dios te le ruego, nó hagas el oso.
Déjate de cuestiones y de belenes,
que ya tienes bastante con lo que tienes.
Haz el amor si sientes algo en el pecho:
o, como dice Blasco, cómpralo hecho.
No te las eches nunca de hombre profundo;
procura ser amable con todo el mundo;
no hables a los señores de lo que ignoras,
y pásate de fino con las señoras.
Si te ofrecen dinero tómalo al punto,
pero si te lo piden, cambia de asunto.
Sigue, en fin, mis consejos, no hagas el primo,
pues ya sabes lo mucho que yo te estimo.
Y si algo necesitas aquí te espero.
Pídeme lo que quieras... menos dinero.

¡VAMOS A CUENTAS!

(MONÓLOGO)

Ya que con calma te sientas
y estás en tu cuarto solo,
¡vamos a cuentas, Manolo!
¡Manolo, vamos a cuentas!
A mí el deber me asesina,
y hoy podré salir de apuros.
Aquí están los treinta duros
que me han dado en la oficina.
¡Y qué hermosos! No me atrevo
a deshacer el montón;
mas ¡qué diantre! es la ocasión
de que pague lo que debo.
Pupilaje, esta es la cuenta:
cuarenta duros cabales.

Al sastre *doscientos reales*,
al sombrero *sesenta;*
a mi primo Federico,
tres duros. A su señora,
catorce. A la planchadora,
dos duros y *un perro chico*.



Seis reales a don Andrés;
cinco reales al portero;
a Felipe el camarero
del Suizo, *setenta y tres*.

Cuatro duros a Astudillo;
a Coipel unas recetas;
al sereno *dos pesetas*,
y *un duro* en el estanquillo.
Pues, señor, no hay más asientos..
¡Ajajá! Venga la pluma...
Vamos a ver lo que suma...
¡Qué atrocidad! *¡Mil seiscientos!...*
¿Es posible? ¡Santo Dios!
¿Habrá error? ¡Esto me asusta!
¡Nada! La cuenta está justa.
¡¡Mil seiscientos treinta y dos!!
Siento que me llamen tuno,
pero, hay treinta y debo ochenta...
¿Cómo se arregla la cuenta?
¡Quedando a deber a alguno!
¡A la patrona! Esta es
la mejor de *mis ingleses*...
No pago hace cuatro meses...
¡Puede esperar otro mes!
¡Y que espere el sastre, ¡claro!
y lo mismo el sombrero.
Después de todo el sombrero
en tres duros es muy caro.
¿Pagaré a mi primo?... ¡No!
¿Y a su señora?... ¡Tampoco!
¡Pues, señor, me vuelvo loco!
Pero, ¿a quién le pago yo?

Coipel... Felipe... Astudillo...
Éstos pueden esperar.
¡Ya sé! Le voy a pagar
al sereno, ¡pobrecillo!
Mas no, ¡tampoco le pago!
La distinción no es prudente...
Yo soy un hombre decente
y sé bien lo que me hago.
¿Faltar yo a nadie? ¡Jamás!
¡Si hallara un medio oportuno!...
¿Y qué hacer? Si pago a alguno
se ofenderán los demás.
¡Está visto! ¡Esto no tiene
arreglo! De todos modos,
es mejor que esperen todos.
¡Les pagaré el mes que viene!
A fe de formal y honrado,
el mes que viene ¡lo juro!
pagaré el último duro
aunque me quede tronado.
Voy a Fornos a comer.
Esto es lo que debo hacer.
¡Ya me duele la cabeza!
¡Nada! ¡No puede uno ser
hombre de delicadeza!

ENCARGUITOS

¡En mal hora me ocurrió
anunciar que me ausentaba;
pues no parece sino
que todo el mundo aguardaba
a que me marchase yo!



¡Cuánto encargo! ¡Dios clemente!
Más de ochenta tengo aquí
Y son a cual más urgente.
Pero señor, esta gente,
¿por quién me ha tomado a mí?

Yo hago cualquier sacrificio
por las personas queridas:
pero me saca de quicio
que gentes desconocidas
me pongan a su servicio.
Me mandan como a un criado,
y un señor me dijo ayer:
—«¡Mucho ojo con lo encargado!
¡Llévelo usted con cuidado,
que no se vaya a romper!»
Otro me dijo:—«Vital,
¡es un favor especial!
un encarguito... no abulta...»
¡Y el *encarguito* resulta,
que pesa medio quintal!
Como han tocado el resorte
de no dar ni una peseta
por la comisión, ni el porte,
tengo la casa repleta
de encargos para la corte.
Y para probarlo, basta
con la lista: dos jarrones
de vidrio o no sé qué pasta;
un sombrero; una canasta
llena de melocotones;
cuatro mantas de felpilla;
un cajón con minerales;
un barril; una vajilla;

seis latas de mantequilla;
doce quesos de Cabrales;
una pieza de percal;
la llave de un inodoro;
dos lámparas de cristal;
una jaula con un loro
y un tiesto con un rosal.
¡Y sigue la colección!...
Pero de encargos me quito,
y los dejo en la estación;
de llevarlos, necesito
para mí solo un furgón.
Lo dicho... ¡aquí queda eso!
Tanto encargo es un exceso,
y aunque en el alma me pesa,
no pago exceso de peso
por lo que no me interesa.
Cargue otro con la factura.
¿Encarguitos, eh? ¡Canario!
¡No fuera mala locura!
¿A ustedes se les figura
que yo soy *un ordinario?*
¡Basta de amabilidad!
Es una cosa resuelta,
y aquí llegó mi amistad.
Conque, abur, y hasta la vuelta,
y que no haya novedad.

COSAS DE BAÑISTAS

El médico director
de unos *Baños sulfurosos*
que, como hombre observador,
tiene apuntes muy curiosos,

al cerrar la temporada
me remite su cartera,
diciéndome:—«Si le agrada,
copie todo lo que quiera.»

Y como yo me desvivo
por dar gusto a mis lectores,
de esos apuntes trascribo
unos cuantos: los mejores.

—

«Aquí llegó el otro día
la esposa de don Canuto,
que es más fea que una arpía,
y que tiene la manía
de pintarse con bismuto.

En el baño se metió
con blanca y lustrosa tez,
y, es claro, se *sulfuró*
y de la pila salió
tan negra como la pez.
Entre rechifla espantosa
el mismo día hizo *mutis*
y se quejaba furiosa
de que el agua sulfurosa
le echaba a perder el cutis.»

—

«Se conocieron aquí
la temporada anterior.
Él le declaró su amor
y ella le dijo que sí.



Ya está la boda acordada,
y sin guardar cuarentenas
se van a casar apenas
termine la temporada.
Dice la gente a una voz,
que es una boda infeliz,
porque él tiene en la nariz
un herpe tremendo, atroz.
Mas como aquí, en mi despacho
lo más oculto se explica,
cuando dicen:—¡Pobre chica!
digo yo:—¡Pobre muchacho!
Él con su cara declara.
Que no tiene el mal oculto,
¡y hay dolencias de más bulto
que no salen a la cara!...»

—

«Se queja doña Tomasa
—una señora muy tiesa
y más seca que una pasa—
del mal trato de la mesa
de la fonda de esta casa.
Y el pobre marido, ayer
me decía, aparte, así:
—¡No crea usté a mi mujer!
¡Ya quisiera yo comer
en mi casa como aquí!»

—

«Hace diez años que viene
mi querido don José,
y ni él sabe lo que tiene,
¡ni yo tampoco lo sé!
Yo le aconsejo a mi modo,
pues siempre se está quejando;
y el infeliz hace todo,
todo lo que yo le mando.
Pues dice el pobre señor,
admirado de mi ciencia,
que soy el solo doctor
que conoce su dolencia.
Yo me envanezco y presumo,
y en pago de mis favores,
cuando él está aquí me fumo
unos puros superiores.
Me paga espléndidamente;
aunque cortés, me resista.
¡Y vuelve al año siguiente!
¡Es el hombre más decente
de la colonia bañista!»

—

«¡Ay, qué bendita marquesa!
¡Gracias a Dios se ha marchado!
¡Me tenía mareado
con sus farsas, en la mesa!
¡Siempre cambiando de trajes!
¡Siempre hablando de sus bienes,

de sus casas, de sus trenes,
de sus rentas, de sus viajes!...
¡Siempre arrimándose a mí,
con una intención que ya!
Mucho:—«¡Doctor!» por aquí,
Mucho:—«¡Doctor!» por allá.
Mucho elogiar mi persona;
mucho y mucho consultarme.
¡Y se marcha sin pagarme
la grandísima bribona!»

—

«¿Si serán lo que parece?
¿Si estaré yo equivocado?
El matrimonio del trece
me trae muy escamado.
¡Ella tiene una expresión!...
¡Y anda siempre tan vistosa!...
¡Y él un viejo sesentón
Con cara libidinosa!...
Estarán casados... ¡bien!
Ellos dicen que lo están.
No digo que no lo estén,
¡pero a mí no me la dan!»

¡VUELVO!

I

«Rafael de mi vida:
¡Te lo suplico!
¡Déjate ver!
Estoy muy ofendida,
pues no me explico
tu proceder.



Hace ya una semana
que muy resuelto
fuiste al café;

Dijiste: «¡Hasta mañana!»
pero no has vuelto
no sé por qué.

—

Mi tía y yo seguimos
yendo a la acera
del Oriental,
y allí nos aburrimos
de una manera
fenomenal.

—

Está mi pobre tía
tan disgustada,
—pues no te ve—
que ya ni un solo día
toma tostada
con el café.

—

¡Basta ya de desdenes
y de despego!
¡Basta por Dios!
¡Mira que si no vienes
voy y me pego
un tiro... o dos!

—

¡Ay! que no me maltrates
con tu desvío
¡ser de mi ser!

No es por los chocolates
por lo que ansío
volverte a ver.

—

¡Tu cariño es mi vida!
¡Solo deseo
tener tu amor!
Contéstame en seguida
por el correo
del interior.

—

Mándame que te espere
y, aunque sin calma,
te esperaré.
No olvides que te quiere
con todo el alma
tu—*Salomé.*»

II

«Salomé de mi vida:
¡prenda más alta
del amor fiel!
¿Conque estás aburrida
porque te falta
tu Rafael?

—

Si llegan a ofenderte
mis reflexiones
lo sentiré.
Pero no voy a verte
por las razones
que yo me sé.



No es que tú me ofendieses;
pero ¡ay! ¡el *timo*
probado está!
¡Estuve cuatro meses
haciendo el primo,
y basta ya!

—

No haré más disparates,
ni más bobadas,
hoy ni después.
Basta de chocolates
y de tostadas
y de cafés.

—

¿Dices que tu alma ansía
en su zozobra
ser para mí?
Cuéntaselo a tu tía,
que yo de sobra
te conocí.

—

¿Qué al suicidio te entregas?
¡Ese es un lazo!
¡Lo sabré yo!
¡Vaya! ¿a qué no te pegas
por mí un balazo?
¿Vaya, a que no?

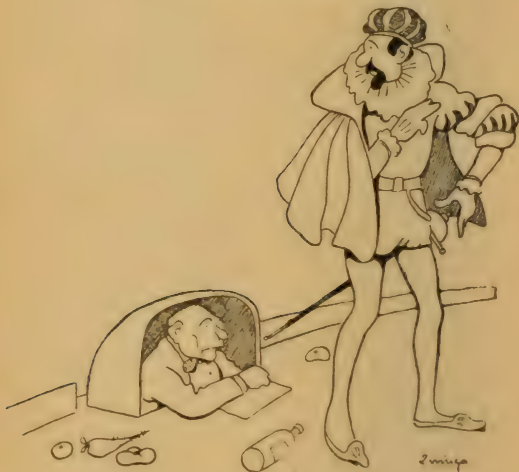
—

¡Ya tu cólera afronto!
¡Que ella me azote
dura y cruel!
Pero no llames tonto
de capirote
a—*Rafael.*»

A UN MAL ACTOR

Te lamentas, sin razón,
de que esté perdido el arte
y de que en ninguna parte
encuentras colocación.
¿Cómo quieres, desdichado,
encontrar ningún partido,
si a dondequiera que has ido
el público te ha silbado?
Es en vano que me digas
que las intrigas te matan,
y que si no te contratan
es sólo por las intrigas...
¡No es por eso, no, señor!
Como lo siento lo digo.
Hoy nadie cuenta contigo
porque eres muy mal actor.
¡Y si al menos con franqueza
fueras modesto, quién sabe!...
¡Pero si ya no te cabe
el orgullo en la cabeza!

Para ti en España no hay
actor que tus triunfos cuente;
ni quien, cual tú represente
las obras de Echegaray.
En los más arduos papeles
pones el éxito a salvo,
pues, junto a ti, Vico y Calvo
fueron sólo dos peleles.



Y aunque creerlo no quiero,
sé que has dicho a voz en grito
que hasta dejas *tamañito*
al mismísimo Valero.
Aseguras que en *La Muerte
de César* hiciste un día

un *Bruto*, que ya querría
tener Valero igual suerte.
Sé lo que Valero vale,
y, por tanto, no discuto.
En los papeles de Bruto
no hay de fijo quien te iguale.
....
En vano al diablo te das
y en vano te desesperas.
Tú podrás ser lo que quieras,
pero buen actor, ¡jamás!
Siento mucho disgustarte;
mas pues el hambre te acosa,
dedícate a cualquier cosa
y despídete del arte.
¡Cesa en tu llorar eterno!
¡No de tu suerte maldigas!
¿No es más fácil que consigas
un destino del Gobierno?
Yo te ruego por favor
que si te lo pueden dar.
lo pidas para Ultramar.
¡Cuanto más lejos, mejor!
¿Que en vano te lo suplico,
pues tú quieres solamente
encontrarte frente a frente
de Valero, Calvo y Vico?
¡Bueno, pues tu llanto seca!
Ya le diré a Ducazcal
que te meta en el corral...
el corral de la Pacheca.

CHIFLADURAS

El sabio Esquerdo procura
probar, como cosa clara,
el límite que separa
la razón de la locura.
Y sus lecciones ofrecen
datos de valor fecundo,
que prueban que hay en el mundo
locos que no lo parecen.
Yo, amparándome en la lógica
que exige asunto tan serio,
aclararé otro misterio
de la ciencia frenológica.
Diez años de observación
a todo ataque resisten.
¡Yo he descubierto que existen
chiflados que no lo son!
¿A probarlo se me apura?
Pues a probarlo me atrevo;
pero antes de todo debo
definir la chifladura.

Es una especie de anemia...
(¡La palabra tiene *chic!*
Pero aún no consta en el Dic-
cionario de la Academia.)
Aunque es una enfermedad
que ningún peligro ofrece,
el hombre que la padece
es una calamidad.
Según la experiencia mía,
lleva en sí la chifladura
un poquito de locura
y un mucho de tontería.
Hace el paciente mil muecas,
y a su dignidad agravia
pasando la vida en Babia
y pensando en las Batuecas.
¡Tiene ocurrencias divinas!
Hay quien dice—¡desatino!—
que la chifladura vino
de las islas Filipinas.
Mas con mi experiencia sola
puedo probar, por fortuna,
que la chifladura es una
enfermedad española.
¿Quién no ha visto entre la gente
por esas calles de Dios,
a más de uno y más de dos
chiflados completamente?

Los que lo están de verdad
son felices a su modo;
gozan en todo y por todo
de completa impunidad.

Cualquier tontería que hagan
se les perdona en seguida,
y ellos se dan la gran vida,
y hasta compran... ¡y no pagan!

Y cuando algún acreedor
lamenta no haber cobrado,
le dicen: —¡Si está chiflado!
—¿Es de veras?
—¿Sí, señor?
—¡Pues a mí no me la pega!
—¡Ya pagará, que manía!
—¿Pero cuándo?
—¡Cualquier día!

....

¡Y ese día nunca llega!

Y aunque reclame al Juzgado
es inútil, ¡sí, señor!
No es responsable el deudor,
porque el pobre está chiflado.

Este ejemplo y muchos más
demuestran, aunque os asombre,
que estando chiflado un hombre
se burla de los demás.

Pero hay también quien procura
chiflarse... aparentemente,
para que crea la gente
en su falsa chifladura.
Y por si llega el apuro
daros una regla quiero.
¿Pide un chiflado dinero?
¡No está chiflado! ¡Es seguro!
¿Finge otro una chifladura
para insultaros?... ¡Pues nada!
¡Pegadle una bofetada
y veréis cómo se cura!
Es remedio que consuela;
aunque haya enfermos algunos,
abundan mucho los tunos,
y aquí el que no corre vuela.
¡Mucho ojo! ¡y que una lección
de vuestra astucia merezcan!
¡De ciento que lo parezcan
noventa y seis no lo son!
....
Y con esto he concluído;
pero ahora lector querido,
una duda me ha asaltado:
¿Estaré también chiflado
sin haberlo conocido?

EPITAFIOS

I

«El pobre cesante Juan
descansa en este rincón;
el mundo, con necio afán,
por negarle siempre el pan,
no le ha dado pan-teón.»

II

«Aquí yace Luis Torrente,
hombre activo de tal modo,
que por ser activo en todo
¡hasta murió de repente!»

III

«Descansa bajo esta losa
la que fué con sus virtudes
buena madre y fiel esposa.»
(Lo de madre no lo dudes;
lo de fiel es otra cosa.)

IV

«El político Blas Pinos
duerme el sueño de la muerte.»
(No habléis aquí de destinos,
que es fácil que se despierte.)



V

«Aquí yace un diputado
que de emoción se murió,
porque al ser interpelado
se vió el pobre precisado
a contestar *sí* o *no*.»

VI

«Al morir de fiebre aguda
halló el banquero Cernuda
descanso a sus agonías.»
(Su desconsolada viuda...
se casó a los pocos días.)

VII

«Descansa aquí después de mil cogidas
y casi todas ellas con fortuna,
el torero Pascual (alias) *Cienvidas*.
¡Siempre le acompañó la media luna!
¡Jamás la gloria le importó un ardite!
¡Era muy viejo y se murió en la *cuna*...
de un toro de Laffite!»

VIII

«¡Adiós, único bien que el alma adora!
¡Adiós, mi dulce amor! ¡Esposa mía!
¡Ay! ¡La parca traidora
me roba para siempre la alegría!...»
(Nota: El esposo, autor de esta elegía,
mató de una paliza a su señora.
¡Fíese usted ahora!...)

PRESBICIA

Se casó don Lucas con doña Torcuata
y se separaron al segundo mes
y, como disculpa que le justifique
el zumbón don Lucas dice muy cortés:
—Quiero a mi Torcuata con amor sincero.
Para separarnos hubo una razón.
No es cuestión de afecto ¡pobrecita mía!
Fué cuestión *de vista* la separación.
Yo no gasto gafas, y cuando está lejos
detalladamente veo a mi mujer,
porque yo la vista tengo muy cansada
y si está a mi lado ¡no la puedo ver!

LO DE SIEMPRE

Un padre de familia, pobre empleado,
en no recuerdo ahora qué Negociado,
cuando ocurrió la crisis hace unos días
y todo el mundo hablaba de cesantías,
temiendo el pobrecito quedar cesante
esta carta al ministro mandó al instante.

—

«Señor: Yo soy un hombre que no se mete
a discutir los cambios de Gabinete.
¡Nunca he tenido ideas, ni mucho menos!
Para mí los ministros todos son buenos.
¿Yo hablar de ciertas cosas? ¡Qué desatino!
Me ocupo solamente de mi destino.
Encuentro en el trabajo dicha completa,
y no leo más diarios que la *Gaceta*.
Para ir a la oficina soy el primero
y no salgo temprano porque no quiero.
Y advierto a Su Excelencia que en ocasiones

tuve con los porteros varias cuestiones,
pues dicen que me paso las horas muertas
trabajando, y no pueden cerrar las puertas.
Yo no soy como algunos empleadillos
que fuman en dos horas treinta pitillos;



toman café, se asoman a la ventana;
cogen después la pluma, si tienen gana;
escriben dos renglones en todo el día
con veinticinco faltas de ortografía;
murmuran de los jefes y del Gobierno.
arman unas cuestiones que es un infierno;
manchan los expedientes de nicotina;

salen antes de tiempo de la oficina,
y siempre al retirarse los señoritos,
bajan por la escalera, diciendo a gritos:
—«¡Dos horas de oficina! ¡Si es demasiado!
¡En España se abusa del empleado!

. . . .



»Yo, señor, no me quejo; sólo le pido
que al hacer el arreglo no eche en olvido
que trabajo las horas de reglamento;
que cobro seis mil reales con el descuento;
que tengo una familia muy numerosa;
cuatro chicos, dos chicas, suegra y esposa;

que todos, por desgracia, tienen buen diente,
que los chiquillos comen bárbaramente,
que aunque riña mi suegra nunca me irrito,
y eso que la señora me tiene frito;
que las chicas no encuentran novio, ni nada,
y pasan una vida desesperada;
y, en fin, y esto es lo grave, que a mi parienta
la tengo de ocho meses, según mi cuenta.
Comprenda Usía ahora lo que sería
de mí sin el destino... ¡Virgen María!
Las mujeres, de fijo se vuelven locas...
¿Qué voy hacer, Dios mío, de tantas bocas?
¿Qué les doy a los nenes, los pobrecillos,
que se comen al día diez panecillos?
¡Si Usía no me ampara, si no me auxilia
tendre al fin que ser pasto de la familia!
Para endulzar lo triste de mi existencia,
confío en las bondades de Su Excelencia.
Adiós, señor ministro, viva mil años
para envidia de todos, propios y extraños.
Su siervo que le besa, donde le mande,
humildísimo siempre,

Tiburcio Bande.»

—

Vió el ministro la carta y al otro día
recibió don Tiburcio la cesantía.
¡Y la plaza de este hombre bueno y honrado,
se la dieron al niño de un diputado!

A LA TÍA DE UNA TIPLE

Señora mía, no sé
por qué se exalta y por qué
se irrita y patea y llora...
¡Calma, más calma, señora!
¡No se desesperé usté!

—

Si así su lengua desata,
me marcho, conque ¡chitón!
La niña está sin contrata
por la sencilia razón
que le diré, hablando en plata.

—

Su situación del momento
se explica perfectamente,
y en verdad, que lo lamento.
La chica tiene talento
y canta divinamente.

—

El éxito ha sancionado
el premio que ha merecido
del competente jurado;
que el público la ha aplaudido
donde quiera que ha cantado.

—

¡Tiene una voz envidiable!
Su genio es dulce y afable.
no da un disgusto jamás;
es, como artista, incansable,
y muy bonita además.

—

Por todas esas razones
(y ya son bastantes esas),
con fundadas ilusiones,
le hicieron proposiciones
un sinnúmero de Empresas.

—

Su mérito conocían,
y hasta un negocio veían
con tiple tan afamada;
pero al mes de temporada
las Empresas se aburrían.

—

¿Quiere usté saber por qué?
Pues, bien; yo se lo diré...
No es que la chica no cante,
es que no hay nadie que aguante
a una tía como usté.



En vano se irrita y llora
esta es la pura verdad,
y así se lo digo ahora.
¡Tiene usté un genio, señora,
que es una calamidad!

—

Siempre con impertinencias
y siempre armando cuestiones
y camorras y pendencias,
y siempre con exigencias,
y siempre con discusiones.

—

De ese modo no es posible
que halle una Empresa aceptable,
contrata que es tan temible...
La chica es muy apreciable,
pero usted es insufrible.

—

Y como ella, ya se ve,
no se puede contratar
sin que la acompañe usté,
y a usté, por lo que expliqué
no se la puede aguantar,

—

No es extraño que en el día
se encuentre sin acomodo
cantante de tal valía;
pero, usted, señora mía,
tiene la culpa de todo.

—

Le hablo así, de esta manera,
y diga usted lo quiera
y ríñame o no me riña,
¡hasta que usted no se muera,
no hay quien contrate a la niña!

A un tirador de sable.

Me duelen todos los huesos,
pues tú, amigo, sin cesar,
me has dado *sablazos* de esos
que no se pueden parar.

Unas veces porque estabas
decidido a suicidarte;
otras porque no encontrabas
apoyo en ninguna parte.

Ya porque andabas seis días
sin hallar colocación,
o ya, en fin, porque tenías
al chico con sarampión;

es lo cierto que te dí
en veces muchas pesetas,
aunque ya sabes que a mí
no me engañas con tus tretas.

Con el pretexto del pan,
me consta perfectamente
que todo lo que te dan
lo gastas en aguardiente.

Sé que tienes ese vicio,
y sin que nadie te venza,
eres un vago de oficio
sin migaja de vergüenza.



Tú no haces más que pedir
y sólo disgustos das,
y piensas sólo en vivir
a expensas de los demás.
Por las calles, y ojo alerta,
andas con el arma al brazo,
sin saber a ciencia cierta
a quien pegar el sablazo.

¿Pasa un amigo? ¡Allá vas!
¡No hay temor de que se aleje!
Le llamas, te escucha, y ¡zas!
le divides por el eje.
¡En vano te he aconsejado!
No te han servido mis riñas;
hasta que un día, cansado
de aguantar tus socaliñas,
te dije en tono severo:
—«Chico, ya me tienes harto.
»No me pidas más dinero
»porque no te doy un cuarto.»
Callaste, por no ofenderme,
pero hace un mes decidido,
viniste a mi casa a verme
con aire muy compungido.
—«Aquí vengo a molestarte;
»pero perdona mi asedio.
»No encuentro en ninguna parte
»un duro para un remedio.
»Estoy muy desesperado;
esto a las claras se ve;
»y si no me he suicidado
»ha sido... no sé por qué.
»Dispénsame si me atrevo...,
»Pero en mi estado aflictivo
»no comprendo cómo bebo,
»quiero decir, cómo vivo.

»¡Endulza mi padecer!
»¡Escucha mis agonías!
»¡Tengo a mi pobre mujer
»de parto hace cuatro días!...»
Yo escuchaba como un muerto
relación tan lastimosa,
y *por si acaso* era cierto
lo del parto de tu esposa,
para calmar tus apuros
del modo que yo podía,
te regalé cuatro duros,
los únicos que tenía.
A corregirte resuelto
te despediste de mí.
De esto hace un mes y no he vuelto
a encontrarte por ahí.
Pero anoche me ha contado
mi amigo Ramos Carrión,
que el lunes le has visitado
con idéntica canción.
Y a Estremera hace unos días
que has ido a verle a su casa
diciéndole que tenías
de parto a tu pobre Blasa.
Tu cinismo, como ves,
merece cualquiera cosa...
Según mi cuenta, hace un mes
que está pariendo tu esposa.

Y no encuentro regular
que tú, con torpe malicia,
pretendas así explotar
ese caso de obstetricia.
Ya que pides y no pagas,
pídelo para beber;
pero, hombre, por Dios, ¡no hagas
parir tanto a tu mujer!

Al alcalde de mi pueblo.

Alcalde amigo y señor:
con el respeto mayor
y con mucha cortesía,
voy a pedirle un favor
que he de agradecer a usía.



No serán mis quejas tales
que en sesión los concejales
las discutan, ¡no, por Dios!
Voy a hablar sólo de los
serenos municipales.

Comprendo que son muy buenos
que hacen grandes sacrificios,
que están de virtudes llenos,
siendo grandes los servicios
que nos prestan los serenos.
Comprendo, como es razón,
lo necesarios que son;
mas permítame que estalle,
porque no transijo con
el sereno de mi calle.
Cumple bien, a su manera;
hasta que despunta el día,
no duerme un rato siquiera...
¡Ojalá que se durmiera,
que yo también dormiría!
Su voz fuerte y penetrante
tiene la culpa de todo.
Bueno que el sereno cante,
pero éste canta de un modo
que el demonio que le aguante.
No es mala voz, no señor;
hay cantantes por ahí
que lo hacen mucho peor,
pero lo cierto es que a mí
me pone de mal humor.
Sus pulmones ejercita
con una voz como un trueno,
y el hombre se desgañita
cuando, a voz en cuello, grita:
—*¡Las dos y media y sereno!*

¡Y es claro! ¿Qué ha de pasar?
Que así no puedo vivir,
ni así puedo descansar.
¡Con tal modo de cantar
no hay manera de dormir!
Despierto sobresaltado;
me vuelvo del otro lado,
y cuando el sueño he cogido,
viene con otro berrido
a dejarme desvelado.
Siempre lanza su canción
debajo de mi balcón.
¡No se le puede sufrir!
Ya no sé lo que es dormir
ni dos horas de un tirón.
Yo soy un vecino honrado,
y cuando al dulce consuelo
del sueño estoy entregado,
nada me importa que el cielo
esté sereno o nublado.
¿Con qué derecho o razón,
si duermo como un lirón,
con tales gritos me asedia?
¡No quiero saber si son
las tres o las tres y media!
Cuando quiera saber yo
la hora que es, ya la veré
en mi reló, ¿por qué no?

¡Si se me para el reló
ya se lo preguntaré!



¡Tal empeño al cielo clama!
Que acuda si se le llama
y que cante *sotto voche.*
No he de pasarme la noche
dando saltos en la cama.

¡Yo no puedo sufrir esto!
¡No, señor! ¡Ya no lo aguanto!
Si sigue así, por supuesto
que una noche me levanto
y voy y le tiro un tiesto.
Si el sereno ha de velar
para que estemos mejor
y podamos descansar,
¿a qué conduce, señor,
ese modo de gritar?
Haga usía, lo repito,
que este sereno bendito
en adelante no cante,
o que cante en adelante
muy bajito, muy bajito.
Este es el favor mayor
que yo a usía pediría.
Contando con el favor,
queda agradecido a usía,
su seguro servidor.

A UNA VECINA

Vecina, por compasión,
hágame usted la merced
de no asomarse al balcón;
yo se lo suplico a usted
con todo mi corazón.
Es una cosa irritante
que yo, amigo de su amante,
que por desgracia está ausente,
la vea a usted tan galante
con el capitán de enfrente.
Jamás así se portó
dama que a su amante es fiel;
y si él de aquí se ausentó,
en cambio, he quedado yo
que quiero velar por él.
¡Eso de pasarse el día
haciendo guiños y hablando!
¡Pues, hombre, bueno estaría!
¡Ya me está usté a mí cargando
con tanta coquetería!

Pues siendo de ello testigo,
¿qué le digo yo a mi amigo
cuando venga y me interrogue?
¡Claro está! Yo se lo digo,
aunque la pena le ahogue.
¡Vaya si se lo diré!
Portarse de un modo tal
con un chico, que yo sé
que la ha retirado a usté
de bailarina del Real!
¡Darle a ese chico ese mico!
¡Hombre, pues vaya una gracia!
¡Engañar a un pobre chico
que ha tenido la desgracia
de ser tonto... y de ser rico!
Procure usted ser prudente,
porque sus guiños me están
irritando... y, francamente,
me revienta el capitán
del entresuelo de enfrente!
Ya que le mira usté así,
cobrando nota de infiel,
¿no ve usted que estoy yo aquí?
¿Por qué no me hace usté a mí
los guiños que le hace a él?
Comprenda usted lo que digo.
Mi amigo en su amor se abrasa,
mas siéndole infiel conmigo,

como soy un buen amigo,
entre amigos todo pasa.
Los hombres de corazón
siempre se portan así.
Sólo hallo esta solución:
o no salga usté al balcón,
o míreme usted a mí.

TIERMAS

En el álbum del balneario.

Si padeces de *gota* o de *artritismo*
ves a Tiermas, ¡oh, mísero paciente!
que calmarán los baños tu *eretismo*
y aquí te curarás radicalmente.

—

Si alguna vez enfermas
de *litiasis* (dolencia *calculosa*)
calculo yo que este agua milagrosa
te hará dejar los *cálculos* en Tiermas.
¡Ya ves tú si no es cosa de pensar
no volver en tu vida a *calcular!*

—

Si estás casado y tu mujer no tiene
fruto de bendición como conviene,
traéla aquí, verás cómo se cura

y antes de un año te regala un nene.
El doctor M. Vargas lo asegura.
Curada la *anexitis* misteriosa
todos los años parirá tu esposa.
¿Son o no convenientes estas cargas?
¡Averígüelo Vargas!

—

Si está tu corazón estropeado
y por dolencia física minado,
en Tiermas hallarás la medicina.
Así lo afirma el eminente Espina.
Mas te debo decir que si has sufrido
del corazón, quizás porque una ingrata
no te ha correspondido,
no les des a los médicos la *lata*.
Armate de paciencia
sin buscar aquí alivio a tu dolencia;
que esa clase de males
no se curan con aguas minerales.

—

Por su efecto eficaz, extraordinario;
por su medicación maravillosa,
es este Balneario
otro *Lourdes*, sin Santa milagrosa.
Aquí, sin terapéutica divina
y sin usar menjurges y recetas
hay baldado que tira las muletas
con solo un remojón en la piscina.

Y en la mesa redonda
hubo un bañista cojo, de Tardienta,
que dejó las muletas en la fonda
y echó a correr... sin abonar la cuenta.

—

Si estás bien de salud (y Dios lo quiera)
y tienes, como yo—que me honro en ello—
la amistad cariñosa y muy sincera
de los amables condes de Coello;
si, como a mí, te invitan
y que vengas a Tiermas solicitan,
no busques subterfugios enfadosos
y ven a visitarles sin tardar,
que son estos amigos cariñosos
maestros en el arte de agradar.
Y aquí, siempre atendido y obsequiado,
sintiendo separarte de su lado,
pasarás unos días de primera
¡y te saldrán por una friolera!

EL AMIGO SERVICIAL [1]

—¡Don Paco, muy buenas tardes!
—Buenas tardes, don *Canito*,
digo, Canuto.
—¿Ya estamos
con los nervios?
—*Mecho... micho*,
digo, mucho. Cuando el tiempo
cambia un *peco*, digo, un *pico*,
¡vamos, un poco!
—¡Enterado!
—Yo no sé cómo me *pingo*,
digo, me pongo.
—¡Caramba!
¡Está usted atroz, amigo!
¿Y qué hace usted?
—Lo de siempre,

(1) Del saladísimo libro del autor *Todo en broma*.

Encargotes... encarguitos.
He recibido unas cartas
haciéndome unos pedidos,
y voy a ver si *despecho*,
digo, *despucho*... *despicho*...
—¡Despacho!
—¡Justo, eso es!
Tengo que mandar hoy mismo
unas *casas*, digo cosas.
—Vamos, usted, por lo visto,
goza con esos encargos.
—Hombre, hay ciertos compromisos
y a mí me gusta cumplir
con los *amagos*... amigos.
No haciéndolo así, no *bebo*....
—¿Cómo no bebe?
—¡No vivo!
—¡Ah, ya!
—Mire usted la nota
de lo que yo necesito:
una visita de encajes;
una capota de *filtro*,
digo de fieltro; unas flores
para adornar un vestido
de *beda*, digo, de boda,
seis camisetas de *lino*,
digo, de *lona*... ¡de lana!
—¡Pues está usted divertido!

¿Y quién pide tanta cosa?
¿Quién le mete en tanto lío?
—¿Que quién?... Doña *Patrizonio.*
—¿Cómo?
—¡Doña Patrocinio!
la *espesa*, digo la esposa,
de un señor amigo mío
que es boticario de *Punto*,
digo, de *Panto*... ¡de Pinto!
¡Y no es esto sólo!
—¿No?
—Pide además un abrigo
y un juguete para el *hojo*...
—¿Cómo para el ojo?
—¡El hijo!
—¡Ah, vamos!
—Es un *machucho*,
digo un muchacho muy listo.
Pues también tengo otro encargo:
unos trajes de *pañito*,
digo, de pañete, y gorras
de *moruno*... de marino:
tres docenas de camisas,
y unos guantes de cabrito
con seis *botines*... *batanes*...
—¡Botones! Ya he comprendido,
Pues ya tiene usted trabajo
para unos días, de fijo.

—Quiá, ¡no señor! Esta tarde
ya estará todo en camino.
Voy, y presento la nota
en la tienda de un amigo,
y lo *despuchan* al *panto*
en unos cuantos *monitos*.
Con que abur, que tengo *prosa...*
presa... prusa... Dogo... digo...
—Calle usted, por Dios, don *Peco*,
digo, don *Poco...* don *Pico...*
¡Don Demonio! ¿Lo ve usted?
¡Yo también me he *equivoquido!*
—Pues lo siento *mecho*.
—*¡Macho!*
¡Ay, qué *luenga!* ¡Es un *trabijo!*

A UN HOLGAZÁN

Holgazán, te llaman Juan,
y dicen bien, sí, señor,
los que tal nombre te dan,
porque eres un holgazán
de los de marca mayor.

—

Te entregas honradamente
al grato y *dolce far niente*,
que, a tu juicio, no degrada,
y no te ocupas en nada,
en nada absolutamente.

—

Siempre comiendo y holgando,
pasas tu vida cantando
como el tonto del lugar:
Todos viven trabajando;
yo vivo sin trabajar.

—

Mas tienes mucha razón
al pensar de esa manera.
Yo apruebo tu decisión.
Sigue firme en tu opinión,
y que trabaje el que quiera.



Dice la gente formal
que el trabajar es muy sano;
mas no lo creas, no hay tal.
Tú eres el bello ideal
de todo el género humano.

—

Haces muy bien, lo repito.
y te juro que si yo
trabajo poco, poquito,
es porque lo necesito,
pero, ¿por gusto? ¡eso no!

—

Dios, cuando a Adán ha creado
no quiso que trabajara..
¡Eva nos ha fastidiado!
¡Si Adán no hubiera pecado,
otro gallo nos cantara!

—

Mas por ser desobediente,
hincó en la manzana el diente,
y Dios maldiciendo a Adán,
dijo:—«¡Ganaras el pan
con el sudor de tu frente!»

—

Desde entonces el deber
víctima nos hace ser
de ese castigo ejemplar,
y si queremos comer
tenemos que trabajar.

—

Mas tú, mi querido amigo,
no aceptas ese castigo,
y haces, Juan, perfectamente.
¿Qué tienen que ver contigo
Eva, Adán y la serpiente?

—

Jamás el pan te ha faltado,
y lo que comiendo estás
ningún sudor te ha costado.
Cómelo, pues, descansado
y que suden los demás.

—

Vive, Juan, a tu placer,
y no te canses de ser
holgazán, ¡por Belcebú!
Feliz quien pudiera ser
tan holgazán como tú!

HISTORIA VULGAR

I

El—¡Vivo para quererte!
Ella.—¡Quererte es vivir!
El.—¡Sin ti, quiero morir!
Ella.—¡Tu amor o la muerte!



El.—¡Mi dicha! ¡Mi embeleso!
Ella.—¡Mi bien! ¡Mi ventura!
El padre.—(¡A esta criatura
le voy a romper un hueso!)

II

El.—¡Me desprecia el tirano!
Ella.—¡Desdichado amor!
Los dos.—¡Morir es mejor!
¡Comprendan su afán insano
los que en nuestro mal abogan,
y miren tan noble arranque!
¡Muramos, pues! ¡¡al estanque!!
Un sujeto.—¡Que se ahogan!

III

Un guardia.—¡Los he salvado!
El papá.—¡Soy el culpable!
El mundo.—¡Caso notable!
El doctor.—¡No es de cuidado!
El padre.—¡Únanse los dos!
El doctor.—¡Así se cura!
Ellos.—¡Oh, dicha! ¡Oh, ventura!
El mundo.—¡Gracias a Dios!

IV

El.—¡Pues te digo que sí!
Ella.—¡Te digo que no!
El.—¡Aquí dispongo yo!

Ella.—¡Yo dispongo aquí!
El.—¿Fementida!
Ella.— —¡Infiel!
El.—¡Pues, toma!
Ella.— —¡Bribón!
Los dos.—¡La separación!
El juez.—(¡La luna de miel!)

V

El mundo.—¡Quien lo dijera!
El papá.—¡Me lo temía!
El autor.—¡Qué tontería!
¡Si eso le pasa a cualquiera!

EL QUE PAGA DESCANSA

EPÍSTOLA

«Debe usted de saber, señor don Lucas,
—y perdone que yo se lo recuerde—
que le presté cuarenta y cinco duros
hace la friolera de seis meses.
Usted me dijo entonces que tenía
yo no sé qué cuestiones con su jefe,
por yo no sé qué picos que faltaban
al hacer el balance del trimestre.
Debe usted de saber amigo mío,
que usted me prometió solemnemente
devolverme el dinero *en seguidita*;
pero ese *en seguidita* nunca viene.
Yo le presté los novecientos reales
sin interés ninguno, y me parece
que el hombre que no cumple su palabra
ni es honrado, ni es bueno, ni es decente.

El lunes fuí a su casa, y me dijeron
que no estaba visible, y que volviese;
volví el martes, y nada, como el lunes;
volví después el miércoles, y el jueves,
y el viernes a las cinco de la tarde,
y el sábado otra vez... ¡Total seis veces!
Nunca está usted visible, y yo no tengo
ganas de pasearme inútilmente.
Hoy le escribo esta carta, y le suplico
que en cuanto la reciba me conteste.
Mi mujer se ha enterado de esta deuda
y a todo trance que la cobre quiere.
Dice que usted es esto, y es lo otro;
que si tal y si cual, y que no tiene
vergüenza el que le preste dos ochavos;
y, en fin, ya sabe usted cómo es Mercedes.
Y como yo no vivo de mis rentas,
que vivo de mi sueldo solamente,
y el único dinero que tenía
se lo he prestado a usted hace seis meses,
quiero que usted me saque de este apuro
y que mañana mismo me lo entregue.
El que paga descansa, y yo quisiera
que descansara usted eternamente.
No me podrá decir señor don Lucas,
que no le trato a usted como merece.
Otro cualquiera en mi lugar, iría
en son de guerra, exasperado, a verle;

pero yo, no señor; yo sólo quiero
que me pague el *piquillo* que me debe.
Por supuesto, si usted no me hace caso
y sigue huyendo el bulto como siempre,
tenga usted por seguro, amigo mío,
que le reviento el día que le encuentre.
Aparte de esto, mi señor don Lucas,
ya sabe usted lo mucho que le quiere
su antiguo compañero de oficina
y humilde servidor,

Benito Pérez.»

A UN GORRÓN

¡Nada! Decididamente,
de hoy no pasa.
El mal se ataca de frente.
¡Para usted, no estoy en casa,
mi querido don Clemente!

—

Hace tres años o cuatro
que le estoy sufriendo a usté
en mi casa, en el café,
en la calle, en el teatro...
¡A todas partes conmigo!
¡Qué castigo!
Me tiene usted muy cargado.
Sépalo usted, caro amigo.
Y lo de *caro* lo digo
por lo que usted me ha costado.
¿He de aguantar a un gorrón
que siempre me ha de moler
con alguna petición

fundándose en la razón
de que me ha visto nacer?
¡Bueno fuera!
¡Que le sufra a usted quien quiera!
Yo nací inconscientemente,
por voluntad del Eterno.
¡Si sé que está usted presente,
me vuelvo al claustro materno,
mi querido don Clemente!



Exagerando el cariño
que dice que me profesa,
me trata usted como a un niño,
¡y hasta me abraza... y me besa!
Mas sus caricias rechazo
y quiero que en paz me deje,

pues cada beso y abrazo
me cuesta luego un sablazo
que me parte por el eje.
  Y por eso me incomodo,
y por eso se lo digo;
el que se porta conmigo
    de ese modo,
se expone, naturalmente,
a que yo le diga que
ni es honrado, ni es decente;
como se lo digo a usté,
mi querido don Clemente.

—

¡Mire usté que es mucho cuento!
sin motivo ni razón,
no verme libre un momento
de semejante gorrón!
  No hay manera de evitar
que me venga usted a ver
a las horas de almorzar
y a las horas de comer.
  Y es claro, ¡como es tan grande
el amor que me profesa,
se sienta usted a la mesa
sin que nadie se lo mande!
  Y come que es un espanto,
lo mismo que un sabañón,
y yo por educación

se lo aguanto.
Toma usted luego café,
¡ya se ve!
y una copita, y dos puros,
y con cara lastimosa
me habla usted de sus apuros
y me pide cuatro duros,
así, como si tal cosa.
Mas ¡basta ya! En adelante
busque usted algún pariente
que le aguante;
¡que yo ya le di bastante,
mi querido don Clemente!

—

¿Le debo a usted algún favor?
¡No, señor!
Es decir, como no sea
que al comer comigo crea
que me dispensa un honor.
Váyase usted a la porra
o busque quien le socorra.
¡Nada, nada!
No aguanto más una *gorra*
tan pesada
¡No quiero saber si vive!
Olvídese usted de mí,
y no vuelva por aquí
porque no se le recibe.

¡Ya se lo he dicho al portero!
—«Si viene ese caballero
tan gorrón,
aunque peque de grosero,
cumpla usted su obligación.
Que a mi casa no se pasa,
que es esta mi decisión,
y que si le encuentro en casa
le tiro por el balcón.»
Eso he dicho y eso haré.
Lo he pensado seriamente.
¡Conque... ya lo sabe usté,
mi querido don Clemente!

A UNA SEÑORA QUE CANTA MUY BIEN

EN SU ÁLBUM

No hay, señora, una poeta
   seguramente,
que de su voz no diga
   lo que es corriente;



que es caudal de armonías,
   arpa del cielo,
grata como el murmullo
   del arroyuelo;

como el céfiro blando
  meliflua y suave;
dulce como los tiernos
  cantos del ave;
brisa que amante besa
  lago tranquilo...
¡y otras cincuenta cosas
  por el estilo.

—

Dejaré a los poetas
  que se desaten;
yo no digo esas cosas
  aunque me maten.
¿Que por qué nos la digo?
  Sencillamente
porque debe decirse
  lo que se siente.
Y yo creo, señora,
  con fundamento,
que ni canta el arroyo
  ni canta el viento.
Concedo, de buen grado,
  que cante el ave.
Pero, ¿qué es lo que dice?
  ¡Nadie lo sabe!
Yo no creo, señora,
  que haya eruditos
que sepan lo que dicen
  los pajaritos.

—

«¡Canta usted como un ángel!»
diránle a veces,
y la ofenden con esas
estupideces.
Los ángeles, señora,
como son chicos,
no saben más cantares
que villancicos.
Lo más que se permiten
algunos días,
es entonar maitines
o letanías...
Ya ve usted que la ofenden,
—se lo repito—
los que a usted la comparen
a un angelito.

—

Yo diré sin rodeos,
ni digresiones,
sin usar esas vanas
comparaciones,
que es usted una artista
de sentimiento;
que en usted la hermosura
se une al talento;
que hay pocas *primas donnas*
que valgan tanto,
y, en resumen, que canta
que es un encanto.

A UN SACAMUELAS (*)

Te encontré, por mi desgracia,
en la calle el otro día,
a tiempo que yo salía
de comprar en la farmacia
del Buen Suceso, un frasquito
de magnesia efervescente,
que es una cosa excelente
para abrir el apetito.
—¿Tú en Madrid?
—Aquí me tienes
—¿Con un empleo?
—¡Estás loco!
—¿Has heredado?
—¡Tampoco!
Me he dejado de belenes
y de ser un perdulario,
cambié de rumbo y destino
y ya me encuentro en camino

(*) Del precioso libro del mismo autor, titulado *Bagatelas*.

de ser pronto un millonario.
¡Soy dentista!
—¡Tú!
—¡Sí tal!
¡Doctor!
—¿Doctor?
—¡Sí, señor!
—No sabía...
—¡Soy doctor
en cirugía dental!
Opero divinamente
y sin usar la anestesia.
—¿Qué frasco es este?
—Magnesia
granular efervescente.
—¿Magnesia? ¡Que tontería!
—Pues yo le tengo afición.
Me activa la digestión
y me cura la acedía.
Estás malo, porque quieres,
y eso ni alivia, ni cura...
Tendrás mala dentadura
y por eso no digieres...
—¿Mala dentadura, yo?
¡Si es de primer orden!
—¿Sí?
¡A ver, a ver!
—Hombre, ¿aquí?
¿en la calle?

—¿Y por qué no?
—Porque pasa mucha gente,
y se burlará el que pasa
—Pues bien, vamos a mi casa;
está muy cerca, allí enfrente.
La consulta he terminado,
pero para ti estaré...
—Deja, mañana vendré.
—Sube, no tengas cuidado.
Te haré un reconocimiento.
—Pero, si es que yo...
—¡Adelante!
Te despacharé al instante,
Sólo es cuestión de un momento.
Siéntate aquí, en el sillón.
—Me temo...
—¡Qué desatino!
Ya verás como domino
el arte de la extracción.
—¡Caracoles! ¡Por piedad!
—¡Soy muy perito en el arte!
—Pero, si yo...
—Quiero darte
una prueba de amistad.
¡Ay, que raigón! ¡Y que diente!
¡Y que muela! ¡Y que colmillo!
—¿Eh? ¿Qué es eso?
—¡Es el gatillo!

—¡Pues no dispares! ¡Detente!
—¡Vamos!
—¡Ay!... ¡Ay!...
—¡Aprensiones!
—¡Ay!
—¡No vale!
—¡Ay!
—¡Calla ya!
¡No sale, pero saldrá!
—¡Ay!... ¡Ay! ¡Ay! ¡Siete tirones!
—¡Vamos al octavo!
—¡No!
¡No quiero!
—¡Qué tontería!
¡Si no salió todavía!
—¡El que va a salir soy yo!

—

Y dicho y hecho: salté
del sillón, tomé la puerta,
y, con la boca, aun abierta
a la calle me lancé.
Pensé entonces en callar
y en no desacreditarte;
sufrir en calma, y dejarte
vivir y farsantear.
No le dije á nadie nada,
porque al fin eres mi amigo;
pero hoy has hecho conmigo,
doctor, una granujada.

Me pasas la cuenta, y ya
te desacreditaré.
Tu cuenta la guardaré,
pero ¿pagártela? !quiá!
¡No han de servirte tus tretas!
¡Qué grandísimo bribón!
«Por intento de extracción
de un diente, quince pesetas.»



¿Pretendes salir de apuros
con mis cuartos? ¡Qué inocente!
¿no puedes sacar un diente
y quieres sacar tres duros?

Al fallo público entrego
tu impericia y tu insolencia,
y reniego de tu ciencia
y de tu amistad reniego.
Que aunque te llames doctor
en cirugía dental,
¡serás siempre un animal
de los de marca mayor!

ÍNDICE

